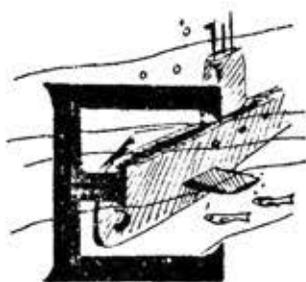


CHILE, PAIS DE MAR

Por
Dr. Ramón CAMPBELL



Entre las iniciativas dignas de ser aplaudidas de nuestra valiente y activa Junta Militar de Gobierno hay una que ha venido a llenar una necesidad de nuestro país: aprender a conocer y a amar más nuestro mar. Chile es, por su constitución geográfica, esencialmente un país marítimo. El largo litoral, de tres mil millas, y la cordillera de los Andes, nos mantienen en una condición aislada. Mediterráneos por un lado y marítimos en mayor parte. Es bueno tal vez analizar esta condición y meditar un poco sobre la iniciativa plausible del Gobierno a invitarnos a mirar hacia el mar. Los chilenos somos amantes del mar "por temporada". Tal vez tomamos muy al pie de la letra aquello de "ese mar que tranquilo te baña..." pues no nos acordamos (por lo menos los civiles) de su existencia, sino cuando la temporada de verano nos invita a sumergirnos en sus templadas aguas. El resto del año nos olvidamos de él y salvo los que viven de sus productos o los que hacen del navegar una profesión, le damos las espaldas y miramos hacia nuestra barrera de nieves y volcanes.

Es bueno recordar que Chile es el país que tiene más largas costas en este gran océano que es el Pacífico. Tres mil mi-

llas, seguido por Estados Unidos (2.600), Méjico (1.900), Nueva Guinea (1.500) y Perú (1.400). El más ancho piélago del planeta Tierra viene a ser como un verdadero Mare Nostrum, tal como el Mediterráneo lo fue de los romanos. Y no debe olvidarse que este dominio geográfico del Pacífico significó a fines del siglo XIX que Chile fuera una potencia náutica mundial. No debe olvidarse tampoco que en esos gloriosos años llegamos hasta hacer bravata en las costas de Centroamérica, cuando la gran Unión del Norte quiso intervenir en un conflicto de las pequeñas repúblicas del istmo.

La gran corriente de Humboldt que nos baña en 2.300 millas, es llamada por nuestros vecinos del norte Corriente del Perú y como tal aparece en muchos atlas del Pacífico. Pero no debe olvidarse que en el Perú la helada corriente sólo baña 1.000 millas de su litoral. Sin embargo, es sólo cuestión de nombres, sobre lo que no vale la pena hacer hincapié. Lo importante es que el Perú sabe aprovechar esta corriente y que está a la cabeza de las industrias de productos marítimos. El año 1970 Perú produjo 280.000 toneladas de aceite de pescado contra 22.000 de Chile. En la harina de pescado andamos también bastante mal con respecto al Perú. En ese mismo año los vecinos del norte produjeron 1.950.000 tonela-

das de harina de pescado, contra 235.000 de Chile. ¿No es justo entonces que en el Perú se llame a la corriente de Humboldt corriente peruana?

Es posible que mi voz no sea la más autorizada para hablar de estos temas, pero va pasando casi el Mes del Mar y sólo se escuchan voces de tono patriótico, ensalzando nuestras Glorias Navales, con mucha justicia, pero olvidando que el mar es de todo el año, de la eternidad y no sólo de un mes. Si no, que lo llamemos el Mes de las Glorias Navales y bastaría con eso, que es nuestro mayor timbre de orgullo, por el sacrificio de nuestro héroe máximo: Arturo Prat.

Aunque tenemos un Gobierno Militar que todos aplaudimos cuando se hizo cargo del poder tras el desastroso período anterior y el de la politiquería reinante desde muchos años, tengo la sensación de que vivimos en el Gobierno más democrático de nuestra última historia. Hay libertad de expresión, de movimientos, de consumo, de educación y de información. Las gestiones de Gobierno se hacen a la luz del conocimiento público, con la palabra franca de sus conductores y por el bien común. ¿Cómo no sentirme entonces autorizado a emitir una opinión especialmente cuando está guiada en aportar ideas al bienestar de la patria?

Como buen chileno me he sentido siempre muy apegado al mar, no sólo en los períodos de verano, sino en todo tiempo, y recuerdo con nostalgia los días de la infancia, cuando en medio de los temporales porteños nos íbamos con los cabros del Liceo de Valparaíso a ver como reventaban las olas en el molo y nos empapábamos de espuma en esa catapultilla maravillosa de cada invierno. Recuerdo que mis padres tuvieron que hacer un viaje al norte. A La Serena. Nadie pensaba casi en tomar el lento y aburrido tren longitudinal. Había que bajarse en las cuestas y podía uno caminar más rápido y tomarlo algunos kilómetros más adelante. Se imponía el viaje por mar. Había generosa oferta de pasajes a todas partes y era una delicia embarcarse, pasar una noche a bordo y amanecer cómodamente descansados en Coquimbo. Mis padres y mis abuelos hacían así sus viajes al norte y al sur y también por su-

puesto a Europa, meta obligada y sencilla de aquellos que tenían un buen pasar y habían podido ahorrar algo. Hace algunos años quise viajar con mi familia a Arica, pero por mar. Estéril empresa. Consulté las líneas de vapores chilenas y extranjeras, pero sin resultado. Sólo en la Italmar aceptaban pasajeros para el litoral chileno, pero ello tan caro que resultaba más económico comprarse un yate. En años no tan remotos como los de la infancia se podía partir de Valparaíso en viaje a ese punto soñado que es Punta Arenas, pasando por los canales magallánicos. Hace ya tiempo que hay que ir a tomar los barcos a Puerto Montt, tras mil y tantos kilómetros de viaje en automóvil, pero el problema es conseguir un pasaje. Por lo menos en los años pasados siempre los camarotes estaban reservados con anticipación por los políticos y los personeros del régimen que iban a recorrer los canales y a ver a sus adeptos aunque no salían a menudo del bien surtido comedor o de la cantina de los barcos.

Chile tiene tradición gloriosa en el mar y ha cumplido hazañas en el Océano Antártico que pocos países pueden emular, pero muchas veces me he preguntado: ¿Cómo es posible que ningún chileno haya realizado todavía la vuelta al mundo en embarcación pequeña, yate o goleta? Tengo un amigo en el norte, el capitán Salgado, en Antofagasta. Hace algunos años partió en un bote de sólo ocho metros, rumbo a Polinesia. Tras varios meses de tormentas, calmas y fortuna, logró llegar a las islas Marquesas y después a Tahití, esa perla del Pacífico central. Siempre que paso por la bella y pujante ciudad nortina me entrevisto con él. Hace poco me repetía: "Tengo que dar la vuelta al mundo en yate, doctor. No es posible que ningún chileno haya inscrito su nombre entre los navegantes solitarios. Tengo que hacerme otro viajecito, pero esta vez volveré por el otro lado". Y yo le respondí: "Bien, pues capitán, pero si puede ser un poco menos solitario, cuente conmigo". Es que en el alma de cada chileno hay un marino, un trotamundos del mar.

Chile tiene territorios insulares de extraordinario valor intrínseco y cultural. Chiloé encierra riquezas ganadera, agrí-

cola y pesquera inagotables; Juan Fernández, tradición y leyenda; Rapanui, un misterio insondable y una cultura grandiosa. Pero, ¿qué hacemos por estas islas?

Allí está la Isla Grande esperando por años su unión al continente por un puente que no llega nunca. Sus aguas son tranquilas y templadas y sus campos una eterna prolongación del bosque y del huerto sureño. Sus ricas tradiciones y cantos cholotes llenan páginas de nuestro folklore. Pero sus caminos y sus hosterías sólo se pueblan en el corto verano y los pueblos y ensenadas se van despoblando con el permanente éxodo de sus habitantes. Nuestra Marina Mercante se abastece de hombres venidos de esas latitudes, amantes del mar que añoran siempre la señorial Ancud o la soñadora Castro.

Róbinson Crusoe se yergue imponente, como un atalaya del Pacífico, pero sigue esperando un buen muelle y un barco regular que cada mes le lleve abastecimientos y viajeros de la madre patria. Las goletas se hunden y no son reemplazadas y allí está la palmera chonta, el hellecho gigante y la sabrosa langosta que es la única viajera que regularmente visita Chile continental. Impresiona ver desde la altura del avión que vuela a Rapa Nui los altos picachos del Yunque y luego de la isla Mas Afuera o Selkirk donde apenas pueden vivir los lobos de mar y uno que otro bote langostero.

Y más allá, como simbólico punto del medio del océano, el plácido triángulo de Rapa Nui dormida entre peñas y plantaneros esperando el soñado barco propios que regularmente les permitiera viajar a los isleños a Valparaíso. ¡Son tan caros los viajes aéreos que ya no están al alcance de los campesinos pascuenses! Rapa Nui fue prácticamente abandonada a su suerte al retirarse la Marina de su protección. Fue para ellos la época de oro. Los productos alimentarios abundaban y eran casi regalados. Los artículos de vestuario eran más baratos allá que en las tiendas del continente. Los pascuenses les enviaban zapatos a sus familiares del "conti", pues eran mejores y a más bajo precio que aquí. Tenían la luz, el agua y la carne de cordeiro, vacuno y chancho casi gratuita y el barco que viajaba una o dos veces en el

año los transportaba al continente sin cobro alguno. Pero vino el progreso y todo eso pasó a la historia. En el siglo pasado había servicio de una goleta cada mes entre Pascua y Tahiti en ese comercio de la lana que enriqueció a algunos vivos extranjeros pero que no fue progreso para los isleños. Ahora tienen que esperar por meses el conseguir un pasaje rebajado en LAN para poder continuar estudios en las escuelas superiores del país o para venir a conocer Tere, como ellos llaman en su lengua polinésica a nuestro querido Chile. Y siguen soñando con un barco o goleta que Tere les envíe cada mes, con materiales de construcción, abastecimientos y pasaje para sus hijos o para sus ancianos enfermos. Y siguen esperando la construcción de un buen embarcadero, para no tener que pasar nuevamente esa prueba de audacia que es labarra de Hangapiko.

¿Ha pasado alguna vez el lector por ese canalizado estrecho, en la cumbre de una ola coronada de espuma y entre aguzados peñascos? Entonces no sabe lo que es navegar. En cada pascuense hay un marino y en cada muchacho un "hombre-pezu" un "tangata-ika". Los he visto por horas revolverse entre los islotes y bucear, escapando de los hambrientos "miuhi" (tiburones) en busca de atunes, bacalao y corales. ¿Sabía Ud., lector, que en Rapa Nui hay de la más exquisita calidad de bacalao que puede pescarse? Nada que envidiar al de Noruega, y está allí a unas pocas millas de la maravillosa isla de los moais.

Chile vive la tragedia de sus puertos abiertos al furioso oleaje del Pacífico. No tiene, como la mayoría de los países, puertos de río. Sólo Constitución y Valdivia podrían ser excepciones, pero ahí están sus puertos embancados y sin barcos. Se dice que pronto estará listo el puerto de Maule. Sí, pero siempre expuesto al vendaval helado del invierno. ¿Es que los ríos de Chile no se pueden dragar? En mis viajes en barco por América del Norte y Europa vi siempre a los navíos entrar por largos ríos en los cuales se afanaban las dragas en cavar el fondo para los barcos de gran calado. En Méjico, en Tampico y otros puertos del istmo, era maravilloso entrar a media máquina hasta el centro mismo de las ciudades y llegar casi a la Plaza de Armas.

En los puertos del este de Estados Unidos es casi imposible encontrar un puerto de agua salada. Casi sin excepción, todos están en los grandes ríos. ¿Es tan difícil dragar el Calle-Calle? Allí tendríamos un hermoso y excelente puerto de agua dulce. He oído decir a los marinos que es bueno para los barcos entrar en agua dulce, porque así se limpia el casco de la rémora. ¿No es posible que así nos limpiáramos nosotros de la rémora de tantos años de atraso?

Somos un país de mar, pero nos pasamos toda la vida trepando a las montañas o mirando la nieve. Hay muchos campesinos que, como ese al que cantó

Oscar Castro, murió y nunca conoció el mar.

Tenemos el más largo litoral de país alguno en el Pacífico, pero vamos aún a la cola en la industrialización de los productos del mar y dependemos casi exclusivamente para nuestro comercio exterior de las minas de cobre, del carbón, del salitre o de la sal. Somos un país marino, pero viajamos sólo por avión, bus o tren. Hay muchos chilenos que nunca han pisado la cubierta de un buque y hay muchos santiaguinos que sólo han visto los barquitos del maní confitado. Celebremos no sólo el Mes del Mar, sino el año o el siglo del mar. Por algo y con justicia se ha dicho que allí está nuestro porvenir.

